

No está en la palanca, pues que necesita ser movida por el brazo: no está en el brazo, pues que necesita ser movido por mi voluntad: está en la voluntad que mueve la palanca por el brazo, es decir, en una facultad del alma, en el espíritu. Ahora bien, os pregunto, ¿qué relacion de naturaleza hay entre el espíritu y el movimiento de un cuerpo?

La palanca sola no podía nada; mi brazo solo no podía nada: ambos estaban inactivos, incapaces, muertos; una orden de mi voluntad que ha pesado sobre mi brazo, ha pesado también sobre la palanca, la cual ha dado á su vez al cuerpo un irresistible impulso. ¡Y hallais esto sencillo! ¡Y decís que el efecto es de la misma naturaleza que la causa! Por mi parte, yo digo, que la causa es espiritual, el efecto material, y que así la proporción de que os lisonjeais es tan extraña al instrumento físico como al instrumento religioso.

Pero hé aquí otra cosa. Es cierto que mi voluntad ha movido el brazo, que ha movido la palanca: no obstante ella no podía nada sin la cooperación de la palanca y del brazo. Si mi voluntad, por activa que fuera, no hubiese tenido estos instrumentos, en vano hubiera tenido sus resortes para comunicar un movimiento. La fuerza está en ella, y no obstante la fuerza no puede salir de ella sino por un instrumento que no la tiene; la causa viviente y primera depende en su acción de una causa inerte de suyo. Si se retira la palanca, si este trozo de madera muerta que cae sobre un trozo de madera muerta, niega su concurso á la voluntad, esta se torturará en deseos impotentes. El espíritu necesita de la materia, como la materia necesita del espíritu; el milagro es recíproco, el efecto llega á hacerse causa y la causa se convierte en efecto.

Aún no estáis, señores, al fin de esta extraña complicación de misterios. Si, mientras que la voluntad obra sobre el instrumento, este llega á duplicar su longitud, se duplica su fuerza en el mismo instante, sin que haya hecho el alma otro esfuerzo, y así indefinidamente hasta poder levantar todos los mundos, según se lisonjeaba Arquímedes. El instrumento que no es el principio de la fuerza, la multiplica sin medida; recibe la iniciativa del espíritu, y le da en cambio un acrecimiento de su potestad que apura todos los cálculos. ¿Entendeis esto? ¿Entendeis que la fuerza, partiendo de la voluntad, pasa á un palo y se aumenta en él por el mero hecho de crecer aquel en longitud? ¿Qué correlación hay entre la inmovilidad del alma y el progreso de la fuerza, entre un principio que permanece en el

mismo punto y una consecuencia que se desarrolla incesantemente con el auxilio de alguna cosa inerte y muerta?

Después de esto, declamad cuanto queráis contra el agua del bautismo; preguntáos, cuanto os plazca, cómo un poco de materia aplicada á la frente de un hombre le levanta de tierra hasta Dios. Aun cuando yo lo ignorase, la naturaleza me ha preparado contra la ciencia sobrado fáciles represalias para inquietarme por esto. Pero no lo ignoro: comprendo que la fuerza es esencialmente espiritual, que reside en la omnipotente voluntad de Dios, como en su primer principio, y que de allí baja sobre cada criatura para comunicarle el movimiento y la vida según determinadas leyes, y en una medida de donde resulta el orden universal. Comprendo que el espíritu sople donde quiere y como quiere, y que no le sea más difícil hacer salir un santo de una gota de agua que un mundo de una palabra. Comprendo que bajo esta acción del querer divino, el polvo busque al polvo, la planta se escape de su germen, el animal devore y se asimile su presa, el alma obre sobre el cuerpo, el cuerpo sobre el alma, el astro sobre el astro, y que todo el universo en sus más viles átomos responda por una fuerza á cada mano que le toca y le pide socorros. Dios está todo en todas las cosas, hasta en la libertad que le repele; porque esta libertad es obra suya, y él la mantiene con peligro del mal que ella engendra á pesar suyo. Sin la libertad no sería el mundo más que un mecanismo; la libertad, fuerza suprema, le da en el ser que la posee la propiedad de sí, el gobierno, la responsabilidad, un verdadero comercio con Dios, comercio cuya prueba y medio son á la vez la profecía y el sacramento. La profecía revela al hombre libre la verdad directa sobre Dios y le inspira la fe de ella; el sacramento derrama en su alma la levadura de una caridad que ninguna imagen sacada de la creación sería capaz de hacer nacer ni de mantener en ella. Una y otra por débiles que sean en sus apariencias son el fundamento de la vida divina en el seno de la humanidad, y resisten en ella después de sesenta siglos á la unánime conjuración de las fuerzas creadas. Todo se ha hecho en contra, todo ha sido vano. A las demostraciones de la ciencia, á los sueños brillantes del genio, á las estocadas de los potentados, á las sentencias de las magistraturas, á los levantamientos de la opinión, los hijos de la fe y de la caridad han respondido estas dos palabras: ¡Dios nos ha hablado, Dios nos ha bendecido! La muerte les ha encontrado firmes sobre estas dos áncoras, y su sangre solo ha sido una profecía y un sacramento más. Era objeto de irrisión la palabra y

el agua, ellos les han añadido su sangre y probado al mundo que no es tan poca cosa un fluido derramado. La palabra es aire puesto en movimiento; pero cuando el alma entra en ella, llega á ser elocuencia, justicia, verdad. ¿Qué será, pues, cuando entra Dios en ella? El agua es hidrógeno mezclado con oxígeno; pero cuando entra en ella el genio del hombre, se convierte en vapor, celeridad, comercio, potestad, civilización. ¿Qué será, pues, cuando entra en ella Dios? Gloria á Dios que ha permanecido tan grande en tan débiles medios.

Señores, tendría aún que decirlos cómo la gracia profética y sacramental, cómo la verdad y la caridad sobrenaturales fueron dadas al padre de toda nuestra raza; pero el orden de nuestras conferencias me detiene aquí por un año. En el año próximo volveremos á abrirlas por esta cuestión; é inmediatamente después, conociendo todo el plan del hombre sobre Dios, habiendo escrutado los dones que se le hicieron por medio de la naturaleza y los dones más altos y más directos que recibió de la gracia, nos detendremos ante esa magnífica obra maestra de la divina bondad, no ya para estudiarla en sus dones, sino en sus actos. Verémosla en lucha con la libertad, depositaria en ella de su propia suerte y de la suerte de toda su descendencia, dueña de perderlo todo, de bendecirlo todo, conduciendo en fin en su corazón el drama piadoso y sangriento de nuestros comunes destinos. Os cito aquí, bajo las sombras vírgenes del Eden primitivo. Aquí, en la ignorancia del mal y en la gloria enteramente joven de Dios, volveremos á encontrar á nuestro primer padre; y nosotros hijos suyos que juzgamos sobradamente á nuestras desgracias cuál será el paradero de tanta inocencia en tanta felicidad, vamos cada uno á nuestras obras, y ójalá podamos traer aquí en un año menos remordimientos que recuerdos, menos faltas que virtudes, una alma capaz de oír la caída del hombre y digna de repararla,

SERMON SEXAGÉSIMO.

Del concurso de la naturaleza y de la gracia en el hombre primitivo.

El hombre no tiene más que un fin, que es Dios. Pero, ya lo habéis visto, se inclina á este fin por dos grados desiguales, el uno indirecto é inferior, que es la naturaleza; el otro directo y superior, que es la gracia. Estos dos grados por donde vamos á nuestro fin único se componen de los mismos elementos, la verdad y el amor: la verdad por la que conoce á Dios nuestra inteligencia; el amor por el cual se adhiere á él nuestra voluntad. Pero en el orden natural no conocemos y no amamos á Dios sino al través del velo de las cosas creadas, mientras que en el orden sobrenatural le conocemos tal cual él se conoce, le amamos tal cual él se ama, no ya perfectamente de pronto, sino de un modo que nos prepara á la plena visión y á la plena posesión. Ya os he dicho porqué y cómo; he estudiado con vosotros la existencia, la necesidad y la organización del orden sobrenatural, y no obstante réstame que tratar dos cuestiones para que no quede incompleta esta exposición. Estas dos cuestiones son las siguientes: ¿Cuál es la esencia de la gracia? ¿Cuál es la relación de la gracia con la naturaleza?

MONSEÑOR:

No acostumbro á dirigir homenajes al arzobispo de París cada vez que subo á esta cátedra para continuar las conferencias que la religión viene á tener en ella con la juventud francesa; pero después de los actos memorables que han señalado vuestro episcopado durante el año que termina, juzgaría mi silencio falta de memoria, y esta falta de memoria una ingratitud. Vos habéis sido el primero, Monseñor, que primeramente con vuestros escritos, y después con vuestra autoridad metropolitana, ha restablecido esas asambleas venerables que son el vínculo de las iglesias, y de que los poderes anteriores se habían mostrado tan perseverantemente celosos, que ellas habían llegado á ser como una fábula para largas generaciones. Vos habéis